

LA EDUCACIÓN HUMANISTA Y EL SIGNIFICADO DE LA VIDA

Psic. Javier Bautista Soto
Docente UNCP.

Para Padres y Maestros



“Si el Profesor no está bien Nada está bien”
La verdadera educación comienza con el Profesor, quien debe conocerse a sí mismo y estar libre de patrones de pensamiento ya establecidos y de traumas psicológicos que no lo dejan vivir; porque según cómo es él así será su enseñanza. Si él no ha recibido verdadera educación y formación, ¿qué puede enseñar que no sea el conocimiento mecánico en que se ha educado y transmitir su neurosis diaria? El problema, por lo tanto, no es el niño, sino los padres y el maestro. Por tanto, el problema principal, pues, es educar al educador y, consiguientemente, a los padres quienes son los primeros educadores y formadores.

Si nosotros, que somos los educadores, no nos comprendemos a nosotros mismos, si no entendemos nuestras relaciones con el niño, y sólo nos ocupamos para atestarlo de información y lo preparamos para aprobar exámenes, ¿cómo podemos crear una nueva clase de educación? El alumno va a la escuela a recibir dirección, ayuda, orientación y tutoría; pero si el director, el ayudador, está confuso y dominado sólo por teorías cognitivas y no de vida, es estrecho de criterio, entonces, naturalmente, su alumno será lo que es el maestro; y la educación se convierte en una fuente de más confusión y mera información. Si vemos la verdad de esto, nos daremos cuenta de lo importante que es empezar por

educarnos nosotros mismos en la forma debida. Tener gran interés en nuestra propia reeducación humanista, es mucho más necesario que preocuparnos por el futuro bienestar y la seguridad de los niños, en cuanto a su éxito profesional basado sólo en la inteligencia, más no en lo humano.

Educar humanísticamente al educador, es decir, hacer que se entienda a sí mismo y a partir de ello entender a los demás, es una de las empresas más difíciles, porque la mayor parte de nosotros estamos ya cristalizados dentro de un sistema de pensamiento o dentro de un molde de acción; nos hemos dado ya a una ideología, a una religión, o a una norma determinada de conducta. Por esto enseñamos al niño QUÉ y no CÓMO pensar.

Más todavía, los padres y los maestros están mayormente ocupados con sus propios conflictos y penas. Ricos o pobres, la mayor parte de los padres están absortos en sus propias ansiedades y aflicciones. No están seriamente interesados en el actual deterioro moral y social, sino que sólo desean que sus hijos logren la debida preparación para vivir en el mundo. Sienten ansiedad por el futuro de sus hijos, anhelosos de educarlos a fin de consigan colocaciones permanentes o que se casen bien. Pero resulta lo contrario. Vean este tipo de educación de los padres “ocupados”, que no forman en amor, y menos en disciplina:

“Cierta estudiante universitaria decidió abandonar su carrera. Horas más tarde se dirigió a su padre, y le dijo con la máxima furia: “Papá te odio; y deseo que sepas por qué. Te odio porque me has dado demasiado. Nunca tuve que luchar, ni esforzarme, ni trabajar. Y por eso has arruinado mi vida”. Y tras estas palabras, el muchacho abandonó el hogar y se sumó a un grupo de compañeros libertinos. Contrario a la creencia general, la mayoría de los padres de familia no aman a sus hijos, aunque dicen que si los aman. Si los amaran de verdad, no destacarían tanto el egocen-

trismo, lo material y la competencia, que a la larga sólo les traerán sufrimientos. Es realmente extraordinario que mientras la gente se adiestra rigurosamente para ser abogados, ingenieros o médicos, pueden llegar a ser también padres de familia sin haber tenido preparación alguna que los equiepe para esta tarea de tanta importancia. Y esto último es a donde debemos apuntar porque la infelicidad de los hijos es tu propia infelicidad. Date un tiempo y mira objetivamente a tu alrededor, existe en Huancayo un alto número de familias disfuncionales, padres separados, madres solteras, madres adolescentes, infidelidades en porcentajes que asombran, violencia psicológica y física, somos la ciudad más suicida del Perú, alto consumo de bebidas alcohólicas, a nivel sierra somos el primer o segundo lugar en VIH/SIDA y como es sabido por todos somos la primera ciudad más corrupta en el Perú. Revisen las estadísticas por favor y se darán cuenta que no es una apreciación antojadiza y mucho menos alejado de la realidad.

Algo curioso que también he observado, es que existen muchas familias que tiene un sentido de segregación y discriminación, donde se estimula el proceso general de aislamiento, convirtiéndose así en un factor deteriorante en la sociedad.

Debemos fomentar una educación de amor al prójimo, sólo cuando hay amor y comprensión es que las paredes del aislamiento se derrumban, y entonces la familia no es por más tiempo un círculo cerrado, ni una prisión, ni un refugio; entonces los padres de familia están en comunión, no solamente con sus hijos sino también con sus vecinos.

Al concentrarse en sus propios problemas personales y económicos, muchos padres pasan a los maestros la responsabilidad por el bienestar de sus hijos, y entonces es importante que el educador se ocupe también de educar a los padres; si no lo logra, entonces, no se cumplirá los objetivos de su educación y formación en amor y valores.

El educador debe hablarles a los padres, explicándoles que el estado de confusión del mundo actual refleja su propia confusión in-

dividual. Debe señalar que el progreso científico en sí no puede traer el cambio radical alguno en los valores existentes; que el adiestramiento técnico, que es lo que hoy se llama educación, no le ha dado al hombre libertad ni lo ha hecho más feliz; y que condicionar al alumno para que acepte el ambiente prevaliente no puede conducir al desarrollo de la inteligencia. Debe decirles a los padres lo que está tratando de hacer en beneficio de sus hijos, y cómo es que lo está haciendo. Tiene que despertar la confianza de los padres, no asumiendo la actitud de un especialista que trabaja con profanos ignorantes, sino hablando con ellos del temperamento del niño, de sus dificultades y aptitudes, de cómo el niño percibe los problemas en la familia y cómo se siente frustrado y así sucesivamente, con ayuda del psicólogo.



Si el maestro está realmente interesado en el niño como individuo, los padres tendrán confianza en él. En este proceso el maestro educa a los padres y se educa a sí

mismo, aprendiendo de ellos a la vez. La verdadera educación es una tarea mutua, que exige paciencia, consideración y afecto. En una comunidad culta, los maestros ilustrados podrían resolver este problema de cómo educar a los niños, y deben efectuarse experimentos en pequeña escala en torno de esta cuestión por maestros interesados y padres reflexivos.

¿Se preguntan los padres alguna vez por qué tienen hijos?

¿Es acaso para perpetuar su nombre o para mantener su propiedad?

¿Quieren hijos meramente para su propio deleite, para satisfacer sus necesidades emocionales?

Si es así, entonces los hijos se convierten en meras proyecciones de los deseos y temores de sus padres.

¿Pueden los padres reclamar que aman a sus hijos, cuando al educarlos erróneamente, fomentan la envidia, la enemistad y la ambición?

¿Es acaso el amor el que estimula los anta-

gonismos nacionales y raciales que conducen a la guerra, a la destrucción y a la completa miseria, el que coloca al hombre frente al hombre en nombre de la religión y de las ideologías?

Muchos padres alientan a sus hijos a seguir por los caminos que conducen al conflicto y al dolor, no sólo permitiéndoles que se sometan a una clase de educación errónea, sino dándoles el mal ejemplo de su propia conducta; y entonces, cuando los hijos crecen y sufren, oran por ellos o buscan excusas por su comportamiento. El sufrimiento de los padres por sus hijos es una forma de compasión posesiva de sí mismos que sólo existe cuando no hay amor.

Si los padres aman a sus hijos, no serán materialistas. Si los padres aman a sus hijos, descubrirán cuáles son las verdaderas relaciones del hombre con los demás, y cómo estos últimos, en ocasiones, definen nuestro crecimiento personal y profesional...¿cómo?. Sólo piensa que el otro es tu amigo, es tu pareja, tus hijos, tus parientes, tus compañeros de trabajo tus clientes, etc. Si los padres aman a sus hijos, no pertenecerán a ninguna organización dogmática y dejarán que amen a la gente en general sin distinciones. Si los padres aman a sus hijos, suprimirán la envidia, el egoísmo y el facilismo de sus vidas.

Si el objetivo de un padre sólo es que sus hijos sean poderosos, que tengan mayores y mejores colocaciones, que tengan más y más éxito en la vida, y no lo educa en amor en sus corazones, entonces fracasará como tal. El culto al éxito estimula el conflicto y la miseria. Por el contrario, AMAR a los hijos significa estar en completa comunión con ellos; es tratar de que reciban la clase de educación que les ayude a ser sensibles, inteligentes, integrados y felices.

Lo primero que un maestro debe preguntarse cuando decide qué desea enseñar, es qué exactamente entiende por enseñar. ¿Va a enseñar las asignaturas corrientes de la manera acostumbrada? ¿Quiere condicionar al alumno a que se convierte en una pieza de la maquinaria social, o quiere ayudarlo a convertirse en un ser humano íntegro y creador? Y si

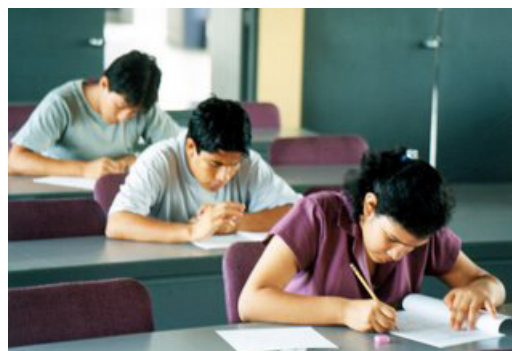
el educador ha de ayudar al alumno a examinar y entender la vida debe tener en cuenta siempre los valores y las influencias que le rodean, y de las cuales forma parte, ¿no debe el maestro comprenderlos también?

Si uno es ciego,..... ¿podrá ayudar a los demás a cruzar a la otra orilla?

Indudablemente, el maestro es el primero que debe empezar a ver las cosas como son. Debe estar constantemente alerta, intencionalmente alerta a sus propios pensamientos y sentimientos, consciente de la manera en que él está condicionado, consciente de sus acciones y reacciones; porque de esta actitud alerta surge la inteligencia, y con ella una radical transformación en sus relaciones con la gente y con las cosas.

La inteligencia no tiene nada que ver con pasar exámenes. La inteligencia es la percepción espontánea que hace al hombre fuerte y libre. Para despertar la inteligencia de un niño, debemos entender nosotros mismos qué es la inteligencia; porque,...

¿Cómo vamos a pedirle a un niño que sea inteligente si nosotros permanecemos ininteligentes en tantos aspectos? El problema no consiste solamente en las dificultades del alumno, sino también en las nuestras; los temores acumulados, la infelicidad y las frustraciones de las cuales no estamos libres. Para ayudar al niño a que sea inteligente, tenemos que desmoronar dentro de nuestro fuero interno los obstáculos que nos hacen torpes e irreflexivos. Insisto, el maestro debe necesariamente pasar por terapia psicológica.



Dime y lo olvido, enséñame y lo recuerdo, involúcrame y lo aprendo.

Benjamin Franklin